

Estaba yo sentado en mi sillón, como siempre, disfrutando de mi jubilación viendo películas de mi época, lo recuerdo como si hubiese sido ayer, aunque fue hace una semana. Ella estaba preparando el almuerzo cuando vi por primera vez al demonio que se llevaría su vida. Fue algo rápido, borroso, y estoy seguro que estaba detrás de la pared. En las pequeñas paredes de cristal que hay repartidas por toda la casa. Nunca he entendido por qué mi mujer no las quitó, mil veces le dije que tenían demonios den-

tro y que algún día nos harían mal, pero, aún así, nunca me hizo ningún caso. No tengo muchos recuerdos de mi juventud, y si los tuve, ya desaparecieron en el tiempo, sin embargo, sentía un gran cariño por mi mujer, que era igual de anciana que yo. Teníamos la misma edad y creo estuvimos juntos casi toda nuestra vida.

Fue al mediodía cuando vi al primer demonio. Fue en el comedor, entre esos adornos que tenía mi esposa que nuestros hijos le regalaron y que ya nunca volvieron. Era un rostro

aterrador, tenía unas cejas enormes y era groseramente calvo. Por suerte lo vi solo un instante, seguro estoy de que, si su mirada hubiera durado más tiempo del pequeño instante que duró, hubiera logrado penetrar hasta lo más profundo de mi alma y quebrantarla por completo. Algo mortal si se tiene en cuenta la fuerza de alguien de mi edad, y mi sangre, que si alguna vez fue fuerte y soberbia, ya no lo es y no lo volverá a ser.

Le dije de la horrible visión que tuve a mi querida es-

posa, pero no me dijo nada. Ahora que intento recordar todo, no puedo recordar su voz. ¿Es que nunca me habló? ¿O ya no me hablaba? ¿O era muda y lo olvidé? Pero si fuese muda, sabría el lenguaje de señas ¿O también lo olvidé? A lo mejor ya no me quería. Porque no recuerdo ni mi propio rostro.

Lo que recuerdo de ella es que ni me miraba siquiera, y cuando lo hacía, era en forma despectiva, como una persona mira a un animal, algo completamente inferior. Como si no me quisiera como yo a ella. Pero yo

Y vi al demonio ante mí,
tras un muro de cristal y plata.

sangre. Mi llanto se unió a su silencio. Y nuestra soledad ya no era nuestra, si no solo mía.

Sin sentido del tiempo y con nulas fuerzas deambulé por la casa, entre los diminutos y grandes muros de mi amada, entre la sangre, entre las lágrimas, entre la muerte, entre el cansancio de la vejez. Y vi al fin, en mi propia habitación, al infame demonio que terminó la existencia de mi amor en este mundo. Lo vi y me acerqué, y él se acercó también. Cuando me acerqué lo suficiente pude verlo claramente.

sí la quería. Yo sí la quiero a ella.

Desde esa vez del demonio en el comedor, veía al demonio tan seguido que ya no soportaba caminar de forma erguida y con la cabeza en alto como siempre lo hice. A veces era el mismo, pero otras veces era distinto. O cambiaba de forma, o eran muchos. Todos los días se lo decía a ella, pero no me respondía. Una vez me miró tan seriamente, que entendí que me estaba pidiendo que la dejara de molestar, pero yo no la estaba molestando, le avisa-

ba que un demonio habitaba en nuestra casa y que algo malo haría, pero ella nunca me hizo caso. Me siento muy triste al recordarlo.

Una vez lo vi en el baño, me mojé toda la ropa con el susto, y cuando fui corriendo hacia ella, ni siquiera me animé a decirle lo que vi, porque ni siquiera me miró. Cuando me dio la espalda vi unas cicatrices horribles detrás de su cuello, parecía que alguna vez esos cortes alcanzaron la carne viva, pero yo no recordaba el porqué de esas, y por el tamaño debió haber

si no que cometió su horrible crimen con mi arma favorita, el mejor de mi colección y al que yo le tenía tanto cariño por acompañarme desde mi niñez. Era un ladrón y un asesino, ¡Era un demonio!

La espantosa realidad de la muerte no debería sorprender a un anciano como yo, pero lo hizo, y de una forma horrible. ¡Horrible y sangrienta! En el suelo me arrodillé con dificultad, tomé su cuerpo irreconocible para juntarlo al mío y lloré su muerte con amargura. Mis lágrimas se unieron a su

animal!

Con furia miré al demonio con la intención de acabar con su vida como él lo hizo con la de la hermosa persona que fuera mi esposa. Pero ya nada existía en el comedor. Y yo ya no estaba soñando. La calidez y la luz del amanecer entraron por la ventana vislumbrando a mi amor, tenía un sinnúmero de puñaladas por todo el cuerpo, de un cuchillo que aún estaba enterrado en su frágil rostro. El cuchillo era uno de mi colección, aquel demonio no solo había matado al amor de mi vida,

sido un dolor inimaginable, sobre todo para la mujer tan delicada que era ella. Cuando le pregunté por qué tenía esas cicatrices tan feas, no me miró. Y cuando le pregunté si era una cicatriz de niñez, tomó un florero y con furia lo lanzó a mi rostro. Me dejó inconsciente.

Cuando desperté, ella estaba comiendo en la mesa y mi plato estaba servido, así que me senté y comí. Su comida siempre fue deliciosa, incluso con la gota de sangre que cayó al plato desde quién sabe dónde. Esa vez el demonio me mi-

raba desde la ventana.

Tuve pesadillas horribles esa noche. Quizás era el dolor de cabeza. El sueño fue extrañamente lúcido, era de noche y el demonio aparecía frente a mí mientras dormía, pero en forma de una extraña sombra maligna, de modo que no podía distinguir su silueta ni por su forma, ni por la oscuridad que reinaba en la noche sin luna del sueño. Luna que, cuando estaba despierto, antes de acostarme, miraba yo con atención y calma. Pero en el sueño no había luna. Ni tampoco esta-

ba el cielo.

Con un gesto y una seña, me pidió que lo siguiera. Se paró en medio del comedor y me miró fijamente. Estoy seguro que no se esperaba que yo comenzara a gritarle. ¡Que se fuera de mi hogar! ¡Que dejara de molestarme! ¡Que no existía, porque mi mujer así lo creía! Pero sin escucharme, levantó la mano y con su índice apuntó al suelo, y con una sonrisa horrenda me miró. ¡Qué horrible visión espantó mi alma! En el suelo yacía muerta mi amada mujer. ¡En el suelo! ¡Como un